

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 306

Barcelona, 4 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

Los legionarios italianos que vinieron a conquistar España a la ligera se ocupan en «cicatriz» la herida española.

(Léase en la presente página el artículo «La seguridad es antes que la rapidez»).

LA SEGURIDAD ES ANTES QUE LA RAPIDEZ

(Humos, llamas, plumas. Toda la fantasmagoría guerrera enviada por Mussolini a la península languidece con el frío invernal. Los legionarios italianos que vinieron a conquistar España a la ligera se ocupan en «cicatriz» la herida española. Su prisa de voluntarios fogosos se convierte en espera «sin novedad». Su fiebre belicosa y mortal, en frialdad de muerte. Las legiones italianas que se apoderaron del Norte álgido no logran dar un paso sobre el caliente mediodía de España. Incluso los corresponsales de la prensa fascista «reconocen» que Franco ganará la guerra... un día u otro. ¡Brava dialéctica de chapuzas, con que ahora zurcen o remiendan la evidente inmovilidad del descalabro! Porque, ahora, después de preconizar y de tratar de poner en práctica, la premura y el golpe decisivo e instantáneo..., ahora resulta que, para los rezagados arditi, «el tiempo no cuenta para nada».

Los impetuosos italianos refrenan, pues, su empuje, que podía ser arrollador, y que no lo es, claro está, porque no lo desarrollan o desenrollan. Pero, al fin y a la postre, la victoria, como dice Luigi Banzini, florecerá «probablemente en primavera», ni más ni menos que el triunfo de Guadalajara. ¡Oh Mussolini! ¡Guárdate de los... idus de marzo!

el más grave de todos, que consiste en transformar a los prisioneros enemigos en ciudadanos laboriosos. Es todo un proceso complicado de edificación, de absorción social y política.

LA SEGURIDAD ANTES QUE LA RAPIDEZ

En la guerra de invasión de un territorio extranjero, las cosas son mucho más simples. Interesa la obediencia y no el bienestar del pueblo invadido, y las masas de prisioneros son enviadas, una vez terminada la lucha, a sus casas allende las fronteras. Aquí los enemigos capturados están en su casa y deben ser englobados en las filas del ejército o incluidos en los planes del trabajo nacional. La incorporación al Estado de una tierra española reconquistada es una operación de cicatrización tan importante casi como la misma conquista.

Un avance constante, pero mesu-

rado, puede ser, por esto, desde el punto de vista de la solidez política, preferible a un avance impetuoso que se extienda improvisadamente sobre demasiado territorio, demasiada población y demasiados prisioneros. No puede ser comprensiblemente sojuzgada la tierra española con

críterios puramente militares. En ella es menester sacrificar la rapidez a la seguridad del restablecimiento interno. El tiempo no cuenta para nada. Es más segura ventaja hacer un poco cada vez que todo de golpe. Lo importante es vencer siempre, pero no está mal vencer poco a poco.

Todo esto puede parecer estéril y paradójico, pero tiene su lógica, y explica por qué es difícil juzgar del significado de la suspensión, de la pau-

sa y de la lentitud en esta guerra. Cualquier previsión sobre la fecha en que pueda terminar está expuesta a ser continuamente desmentida por los hechos. Contentémonos, por lo tanto, con saber de modo seguro que la guerra la ganará Franco en el año 1938, probablemente en primavera.

LUIGI BANZINI

(«Il Popolo d'Italia», 21-XI-37.)

EN EL CAMPO ENEMIGO

Para el jueves 2 de diciembre, estaba anunciada la reunión del Gran Consejo Nacional de Falange Española Tradicionalista. El Cardenal Primado debía celebrar una misa solemne, antes de que los consejeros comenzasen sus deliberaciones.

Pero no hace mucho que Franco, asustado de las proporciones que tomaba el descontento de los requetés, única fuerza española de choque de su Ejército abiga-

rrado y heterogéneo, fué a Pamplona e hizo que le acompañara su hija vestida de requeté. No se atrevió él a vestir la camisa azul de Falange, que se había puesto en Salamanca y Burgos. En Navarra no creen a los falangistas. Les acusan, nada menos que de impíos y masones. ¿Absurdo? Desde luego. Pero los carlistas hispanos tuvieron siempre la cabeza dura y fueron más papistas que el propio Papa. Fal Conde,

su caudillo civil, y Rada, su jefe militar, consideran que la tradición española no tiene nada que ver con las novedades italianas y germánicas. Ellos quieren un Rey Neto y no un Führer o un Duce.

El caso es que Franco ha disgustado profundamente a los falangistas con su viaje a Pamplona y sus adulaciones a las bárbaras y selváticas milicias del carlismo. Tuvo que asomarse a un balcón y ponerse la boina que completaba el uniforme de su hija. Y que escuchar vivas al Rey Legítimo que hubieran exasperado a Goicoechea.

De vuelta en Castilla, ha tenido que soportar las quejas airadas del Falangismo. «F. E.» de Sevilla, ha publicado un violento artículo que los carlistas han considerado como una provocación. A él pertenecen estos párrafos: «Cobardía e ingratitud es ahora moverse contra nosotros en la sombra, intrigando, levantándonos historias inexistentes, procurándonos desafectos, porque saben unos y otros que no queremos mandiles masónicos, pero tampoco protegemos al inmoral, al cuco y al vicioso, porque tengan solamente en su abono ser miembros de cualquiera cofradía. Pero no se olviden de que no se puede ir contra nosotros, porque el intentar es delito de alta traición.»

Esto de los miembros de cofradías inmorales, cucos y viciosos, ha llegado al alma a los requetés. La lucha sorda de las últimas semanas ha determinado sucesos sangrientos en Burgos, Pamplona y San Sebastián. En Pamplona intervino la guarnición y se recogieron en las calles 70 cadáveres.

Hay por lo menos tres bandos en la España rebelde. El jaimista, que quiere hacer Rey al príncipe Javier o al príncipe Sixto. El monárquico alfonsino, dividido en restauradores genuinos y en juanistas. El falangista, que pretende prolongar lo más posible la dictadura de Franco y propugna en su prensa la consigna que sigue: «Será un mal español aquel que con cualquiera pretexto

Llamamiento de la Asociación «Amigos del Pueblo Chino»

Hace dos meses que el Japón comenzó contra China una espantosa guerra de exterminio. Su ejército ha invadido el territorio chino. Su flota ha establecido el bloqueo ilegal de las costas chinas, su aviación destruye las poblaciones abiertas, las universidades, los hospitales y lleva la muerte hasta a los pueblos más lejanos. Las fuerzas japonesas tienen a Shanghai bajo el fuego de sus cañones y quieren hacer de la gran metrópoli extremo-oriental la base de sus operaciones de conquista. Millares de hombres, mujeres y niños han perecido ya en ese infierno. El cólera y el tifus hacen estragos entre aquellos a quienes respetaron las bombas incendiarias. China, después de España, es la víctima dolorosa de la guerra total, esa forma de barbarie, imaginada por las potencias fascistas.

Los cañonazos de Shanghai, de Canton y de Nankin, han contestado como eco siniestro a los de Guernica, Almería y Madrid. En China como en España, un pueblo unido en torno a su Gobierno, defiende su independencia nacional contra el invasor. En China, como en España, un pueblo apela, frente al agresor, a la justicia internacional y al respeto del derecho.

La independencia de China está garantizada por tratados solemnes que las Potencias no pueden dejar arrollar sin hacerse cómplices de quienes los violan. El Pacto Briand-Kellog proscribió la guerra como instrumento de política internacional; el Pacto de la S. de N. previó la solidaridad de la comunidad internacional contra los agresores; por el Tratado de las nueve Potencias, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, Bélgica, Holanda, Italia, Portugal y el Japón se comprometieron, en 1922, a respetar la integridad territorial de China.

Francia, su Gobierno, su Pueblo, no pueden permanecer sordos al patético llamamiento que le dirigen el pueblo chino, el Gobierno de Nankin,

las grandes organizaciones obreras, las mujeres chinas y el Jefe supremo del Estado. «Estoy seguro, ha declarado el general Tchang Kai Shek, que cuando los pueblos de Inglaterra y sus dominios de América y de Europa conozcan la exacta verdad sobre la situación actual en Extremo Oriente, no podrán menos de obligar a sus gobiernos respectivos a poner fin a esta odiosa agresión y a todas estas escandalosas exacciones.»

No, Francia, las madres francesas, no dejarán sin respuesta el grito de dolor que lanzan las madres chinas sobre los cadáveres de sus hijos.

Hay que salvar a China, hay que salvar la Paz contra los bárbaros del siglo XX. En todos los países, los pueblos han expresado ya su indignación. En Inglaterra, Lord Cecil, apóstol infatigable de la Paz, eleva su autorizada voz para exigir de los gobiernos medidas de solidaridad para con las víctimas del agresor. Las poderosas Trade-Unions de Inglaterra y de Nueva Zelanda recomiendan el *boycot* de las mercancías japonesas; una ola de protesta se extiende por los Estados Unidos de América.

Hay que coordinar y desarrollar estos esfuerzos.

Hay que movilizar a la opinión pública contra los responsables de la agresión, contra los asesinos de mujeres y niños. Hay que organizar la acción de solidaridad material y moral con la República china. Hay que pedir sobre todo a los Gobiernos que detengan la obra de exterminio emprendida en Extremo Oriente con desprecio del Derecho.

Basta de sangre. Basta de atentados contra la Paz. Unión de las fuerzas pacíficas para hacer que suelten presa los invasores nipones. Hay que yugular la agresión en Extremo Oriente si se quiere salvar la paz en el mundo.

La Asociación «Amigos del Pueblo Chino».

(«Clarté», noviembre de 1937.)

(Continúa en la página cuarta)

"SUS" FINES DE GUERRA

¿QUIÉN AMENAZA AL EJE BERLÍN-ROMA?

TODA UNA LITERATURA ALEMANA RECIENTE LO INDICA CON CINISMO INSUPERABLE

¿Qué significa exactamente el eje Berlín-Roma? ¿Cuál es la finalidad concreta de los ejes Berlín-Tokio-Roma? Angustiosas preguntas de las que depende la suerte del mundo. Más de una vez Hitler se ha esforzado por hacer pasar la alianza del III Reich con la Italia fascista y con el imperio nipón como una alianza destinada a «defender la cultura y la civilización europeas». En el preámbulo del Pacto llamado «*antikonintern*» firmado en Roma, el 6 de noviembre de 1937, por von Ribbentrop, Ciano y Hotta, embajador del Japón en Roma, se dice *expressis verbis* que el peligro que amenaza al «mundo civilizado» en Oriente y en Occidente «no podrá ser disminuido y eliminado más que por la estrecha cooperación de todos los Estados interesados en el mantenimiento de la paz y del orden».

¡Bah! Entremos en el fondo del pensamiento hitleriano: todos los que quieran conocer el verdadero alcance de la política de las alianzas nacionalsocialistas no pueden olvidar las diversas y muy precisas declaraciones del «*Führer*». En *Mein Kampf* no alude para nada a la paz, ni al mantenimiento de la cultura y la civilización europeas, sino que escribe sin ambigüedades:

Una alianza cuyo objetivo no tenga la intención de hacer una guerra está desprovista de todo valor y carece de sentido. Sólo se firman alianzas con fines de lucha (p. 749, edición 1937).

En sus críticas contra la política de alianzas de la Alemania de Guillermo II, Hitler se pronuncia contra la «charlatanería de la penetración económico-fascista del mundo», que califica como el absurdo más gigantesco que se haya jamás proclamado como principio directivo de una política de Estado (p. 158). «Precisamente en Inglaterra—seguimos citando a Hitler—se hubiera podido encontrar la refutación definitiva a esta tesis: ninguna nación ha preparado sus conquistas económicas con mayor brutalidad, ni las ha defendido con mayor ahínco que los ingleses.» Y el *Führer*, prosiguiendo su crítica de la política alemana anterior a la guerra, se expresa así:

Es verdad que con Austria no podíamos iniciar conquistas guerreras, ni siquiera en Europa. En eso estaba precisamente, desde el primer día, la debilidad intrínseca de la alianza... Por el contrario, una alianza será tanto más fuerte si los cosignatarios pueden esperar, por medio de ella, alcanzar objetivos determinados, tangibles, expansivos. Como en todo, la fuerza no reside en la defensiva, sino en el ataque. («*Mein Kampf*», p. 160-161.)

Estas palabras claras y que no se prestan a ningún equívoco, constituyen el mejor comentario a las grandes palabras nacionalsocialistas sobre «la defensa común de la cultura europea».

Con ocasión de la visita de Mussolini a Berlín, Hitler, al recibir solemnemente al duce, glorificó la afinidad de fines políticos del fascismo y del nacionalsocialismo. ¿Cuál es esa «finalidad ideal»? Un párrafo poco conocido del «*Mein Kampf*» nos lo dice:

Los destinos de los pueblos no están unidos unos con otros más que por la perspectiva de un triunfo común en el sentido de adquisiciones

y de conquistas comunes; en otras palabras: de una expansión de los dos aliados.

Y la prensa nazi, produciendo en serie por orden del Ministerio de Propaganda, panegíricos en honor del «hombre del otro lado de los Alpes», olvidó recordar este otro párrafo, no menos edificante, que se encuentra en la «biblia alemana»:

La condición previa para que dos naciones unan sus destinos no es, en la realidad, la significación de la utilidad de esta comunidad para ambas partes contratantes.

En cuanto al alcance del acuerdo firmado entre Berlín, Roma y Tokio, se trata de hacer conquistas en común y continuar en común también las agresiones dirigidas contra pueblos que sólo pedían vivir en paz con sus vecinos, como España y China.

¿Pero cuáles son los proyectos de Hitler para el futuro próximo? ¿Cuál es en realidad la significación del discurso sensacional pronunciado por Goebbels el 5 de noviembre, en el que declara principalmente:

Cuando restablezcamos el servicio militar obligatorio en Alemania, nos vimos obligados a asumir algunos riesgos. Teníamos que colocar secretamente al ejército a cierto nivel antes de poner al mundo ante el hecho consumado. Así, existen todavía hoy en nuestra política interior, en nuestra política económica y en nuestra política exterior una serie de cuestiones sobre las que no se puede hablar. Escapamos a la discusión pública y por esta razón no deben ser tratadas por la prensa.

Nuestras intenciones son perfectamente claras. Al mundo no le sorprende nuestra actitud sino porque no nos conoce. Si los representantes de la prensa extranjera nos hubiesen escuchado durante el período de lucha que precedió a nuestro acceso al poder, hubieran imaginado cosas peores que las que se han realizado en estos cuatro años y medio. Pues todo esto y mucho más lo predije. Esto no quiere decir que ese «mundo más» sea abandonado. Ya llegará. Viene trozo a trozo. Tenemos tiempo, pues sólo la Muerte puede arrancarnos de nuestras funciones.

¿Cuáles son los proyectos a que de manera tan sibilina hace alusión Goebbels?

Leamos de nuevo la literatura nacionalsocialista y, en particular, la literatura militar alemana. Hoy no puede haber ya duda alguna de que la guerra de Hitler y Mussolini contra España es una guerra «parcial», la etapa necesaria para una guerra grande que las dos dictaduras quieren desencadenar en el momento propicio contra Francia y la Gran Bretaña.

Un solo ejemplo de los métodos seguidos para disimular el rearme clandestino del Reich. Goebbels es autor de un prólogo a una recopilación de los primeros discursos de Hitler, reunidos bajo el título: «La joven Alemania quiere la Paz y el Trabajo», folleto propagado por el Ministerio de Propaganda, en francés, inglés, etc. en el mundo entero. En este prólogo, Goebbels se expresa así: «La joven Alemania quiere trabajo; también quiere la paz... Lo que desea es consagrarse pacíficamente y de manera profundamente consciente a su actividad para asegurar así su pan diario. Se presenta

desarmada ante el mundo y no dispone de otro medio de persuasión que su entusiasmo y su trabajo. Tiene la seguridad de que el mundo no puede permanecer indiferente ante estos esfuerzos.» ¡Así se expresaba Goebbels en el otoño de 1933.

Ya en «*Mein Kampf*», Hitler había glorificado a la Italia fascista como aliada designada por sus proyectos de conquista.

Pero lo que ha quedado casi desconocido es que Hitler previó en «*Mein Kampf*» las posibilidades de cercar a Francia, subrayando el hecho de «que Francia, con respecto a sus fronteras meridionales con Italia y España, está desprovista de toda protección». (p. 695). Crear las condiciones previas para una guerra común contra Francia, modificar la situación estratégica de Francia tal como Hitler la presenta en «*Mein Kampf*», ese es el objetivo de la guerra contra España, ese es, en general, el objetivo de la alianza Hitler-Mussolini.

Pero la literatura militar nacionalsocialista revela planes expansionistas germano-italianos de una envergadura más importante. No hay que atribuir a la casualidad el hecho de que, en estos últimos tiempos, una serie de libros y folletos militares hayan aparecido en Alemania referentes al «Mediterráneo», tema olvidado en otro tiempo. Esas publicaciones revelan únicamente los fines de la política alemana que Goebbels quisiera seguir ocultando.

Túnez es uno de esos objetivos. Podemos leer en el libro titulado: «*Der Mittelmeerraum*», escrito por H. Hummel y W. Sievert y prologado por el general Haushofer lo siguiente:

Túnez, Como Bizerta, constituye para Francia una de las más importantes posesiones, pero para Italia presenta un objetivo cuya atracción aumenta cada vez más... Túnez, tan cerca de Sicilia que viene a ser, por decirlo así, su prolongación, ha sido siempre considerada por los italianos como una zona de intereses italianos; la gran inmigración en Túnez lo prueba. Desde el punto de vista puramente geográfico, Túnez constituiría el complemento soñado por Italia. Los italianos, con su vacilación en ocupar Túnez, cometieron una falta de las más graves: Francia se les adelantó.

Hay que citar aún Egipto y el Sudán entre los objetivos que Hitler y Mussolini quieren conquistar y después repartirse. Y de esta manera el eje Berlín-Roma-Tokio se dirige también contra la Gran Bretaña.

Mangret Boveri (redactora del «*Berliner Tageblatt*»), acaba de publicar un libro muy interesante, titulado: «*Das Weltgeschehen an Mittelmeer*», del cual citamos los siguientes párrafos:

Los ingleses temen a la propaganda italiana... creen saber que el duce ha puesto sus miras en Egipto. No para hoy, pero tal vez para pasado mañana.

La señora Boveri justifica esta afirmación con las siguientes explicaciones:

Italia cogerá a la Gran Bretaña en Egipto y el Sudán, para estrujarla con sus tenazas. Libia y Abisinia son los brazos de esa tenaza. La agresión contra el Sudán tiene algunas posibilidades de buen éxito... El choque en la dirección Este-Oeste debería

partir de Abisinia para unirse con el que saliera de Libia. Aquí, se trata de regiones limítrofes típicas, desde antiguo objeto de combate. Las fronteras han cambiado a menudo. Las fronteras actuales no tienen ni siquiera cuarenta años. ¿Por qué habrían de ser una vez más atravesadas y adaptadas?

Por su parte, Hummel y Sievert escriben en el citado libro lo que sigue:

A pesar de la esperanza que existe de contribuir al desarrollo de Libia, el valor propiamente dicho de esta colonia no lo constituyen sus posibilidades económicas, sino más bien la probabilidad de extenderla en diferentes direcciones. Las grandes rutas de las caravanas que van, por un lado, de Tripolitania, por Ghadames y Ghat a través del Sahara hacia Tombuctú, y, por otro, hacia el Sur, por Tiberi et Borkon hacia el lago Tchad y, finalmente, al suroeste, por Vada y Darfou hacia el Sudán angloegipcio, constituyen al mismo tiempo las direcciones eventuales de una expansión. El lago Tchad fué siempre uno de los objetivos de la política colonial de Italia; durante cierto período «la marcha al lago Tchad» fué un grito de guerra...

Pero Libia puede ejercer también presión hacia el Este, sobre Egipto. Las precauciones militares tomadas por Inglaterra cuando los italianos concentraron varias divisiones en Libia, lo demuestran. Algunos periódicos italianos se complacían en hablar de la conquista de Egipto, partiendo de Libia con vistas también a ocupar el canal de Suez... Al Oeste, Libia limita con Túnez, objetivo ya viejo de la política colonial italiana.

Los dos libros que acabamos de hojear no dejan ninguna duda respecto a la labor de zapa del fascismo en Palestina y en los Estados árabes.

Los proyectos del eje Berlín-Roma en el Mediterráneo occidental van desde ahora dirigidos tanto contra Francia como contra Inglaterra. En su libro ya citado, «*Das Weltgeschehen an Mittelmeer*», la señora

Boveri señala lo que sigue sobre el valor estratégico de las Baleares:

Desde el punto de vista geográfico, Francia; allí se cruzan las líneas estratégicas más importantes: por el Estrecho de Gibraltar se efectúa la comunicación entre las flotas del Atlántico y del Mediterráneo. Las comunicaciones con Marruecos por tierra atraviesan España. Las comunicaciones con Argelia pasan muy cerca de las Baleares; estas comunicaciones estarán amenazadas cuando las Baleares estén en poder del enemigo... Francia no es el único Estado que se siente amenazado por las Baleares: la ruta de las Indias pasa igualmente al Este de las Baleares; entre Gibraltar y Malta no existe ninguna base inglesa susceptible de proteger esta arteria.

Deliberadamente, la señora Boveri recuerda el pacto secreto firmado en 1926 entre Mussolini y Primo de Rivera, que preveía, en caso de guerra, el importante puerto fortificado de Mahón, en Menorca, como base naval a disposición de la flota italiana. Con una franqueza extraordinaria, los discípulos del general Haushofer hablan del apetito del aliado romano de su *Führer* sobre Niza, Saboya, Córcega y el Tesino suizo:

El hecho de que los habitantes de Córcega se inclinen—desde el punto de vista racista y lingüístico—hacia Italia (?) hace resaltar los derechos de Italia sobre esta isla, cuya importancia económica está superada con mucho por su valor estratégico. Niza y Saboya son territorios a los que Italia no ha renunciado jamás. Puede ser, por tanto, que Francia tenga que sufrir a este respecto una fuerte presión política. Saboya, además, es el país de origen de la casa reinante de Italia. Bien es verdad que la población es, en su gran mayoría, francesa; sólo en Niza hay muchos italianos. Aunque Italia se da cuenta de que no se producirá tan pronto una modificación en lo que se refiere a esos territorios, mantiene tícidamente sus pretensiones.

ROBERT DREUX
(«L'Ordre», 25-XI-37.)

Ataques ridículos

La prensa italiana realiza desde hace unos días una campaña que, si bien pudiera ser odiosa, no es sino un tanto cómica. Esfuérzase por demostrar que el ejército francés no vale nada y nunca ha valido nada. Si pudimos lograr la victoria, fué merced a los indomables guerreros italianos. Este es un gran descubrimiento, y se comprende que se haya tardado veinte años en hacerlo.

Quizá los periódicos esclavos que se publican en la península quieran provocar respuestas que serían muy sencillas y cómodas. Con ello exclamarían que el honor italiano ha sido ofendido y su Gobierno presentaría quejas al nuestro. Pero no nos prestaremos a este juego que nos parecería deshonroso. El ejército italiano se unió al ejército francés en el momento más grave de nuestra historia y le debemos por ello una viva gratitud. Saludamos con emoción a los combatientes que cayeron en nuestro suelo por ayudarnos a defendernos y por hacer triunfar el Derecho. De nuestros

labios no saldrán más que palabras de admiración y de piedad con respecto a ellos.

Pero, una vez más, ¿qué busca y qué se propone el jefe de orquesta de este extraño concierto? ¿Quiere a toda costa crear incidentes? ¿Quiere preparar al pueblo italiano para una guerra, persuadiéndole de que somos unos despreciables adversarios a los que pronto vencerán? ¿Está poseído de «ese espíritu de imprudencia y de error» que aún no se le conocía? Nosotros conservamos nuestra sangre fría. Si Mussolini no comprende que Italia no puede engrandecerse más si no es unida a la Francia pacífica, sólo nos resta compadecerle.

GALLUS
(«L'Intransigeant», 1-XII-1937.)

SE AUTORIZA la reproducción de cuanto se publica en este DIARIO.

LA MANO TENDIDA

Es algo extraño que un jefe de partido que ha usurpado el poder absoluto en un país que, hasta ahora, estuvo constituido en democracia, tenga la audacia de despreciar a las democracias en general. Lo que le dió toda su fuerza fué la debilidad de ellas. Y toma pretexto de ello para combatir encarnizadamente el principio mismo de la libertad, cívica y humana, como si la fortuna de un hombre que se introduce en una cancellería demostrase algo en contra del derecho de los pueblos a disponer libremente de sí mismos. En fin, hace su oficio de tirano, improvisado y precario.

Lo que extraña más es la moderación de las democracias frente a un enérgico de este género. Y, sobre todo, la mano que le tienden obstinadamente algunos ciudadanos de los países libres que no parecen ver en ello ningún peligro. Entenderse con Hitler, ¿qué sueño! Y realizarse, puesto que acaba de afirmar una vez más que ningún litigio territorial se interpone actualmente entre Alemania y Francia. Es cierto que no promete nada para mañana. Pero mañana está tan lejos... Bastará, sin duda, para la causa de la paz, con examinar el problema económico de Alemania y resolverlo.

Entonces, el régimen hitleriano estará normalizado. Concediéndole las materias primas, y el dinero para comprarlas, la mentalidad alemana se tranquilizará poco a poco y se hará menos agresiva. Todo será provechoso para el régimen, el cual se humanizará, por cuanto no pide otra cosa, y no ha cometido crueldades y violencias más que por necesidad. Una vez borrada Alemania de la lista de las «naciones desposeídas», Hitler terminará su carrera como monarca constitucional, o como presidente de una República en la que se elegirá libremente a los diputados y en la que el ejército será reducido de tal manera que nadie podrá sentir inquietud.

Todo el mundo sabe que las cosas no ocurrirán así y, sin embargo, éste sería el único fin lógico, siempre que lo sea la teoría de la mano tendida. Desgraciadamente, no lo es. Las materias primas con que Hitler declara no querer contentarse se convertirán pronto en armamento, y no hay que ser un sabio para estar seguro de esto. La miseria del pueblo no será aliviada en absoluto. Las reivindicaciones imperialistas, las colonias que se piden a voz en grito, las persecuciones de las pequeñas democracias y las amenazas contra las grandes, y, bajo la capa del anticomunismo, el odio intransigente a la libertad, todo continuará como antes.

Aun con profunda tristeza, conviene que nos demos cuenta de ello; sería pernicioso no querer mirar a la verdad cara a cara. El dictador no sobrevivirá a la normalización de un país que precisamente él hizo anormal. Suponiendo que la primera fase de la normalización sea la económica, adaptada a las necesidades de la paz, es prácticamente imposible cambiar una economía de guerra en economía de paz sin que se produzca un desorden general. En la Alemania hitleriana se ha excedido ya el límite en que aun podría detenerse la preparación de la guerra. Las estadísticas oficiales demuestran que las construcciones de carácter militar impiden la edificación de viviendas. Por otra parte, la movilización industrial, en lo que respecta a la mano de obra, terminará en la primavera de 1938.

Pero la razón decisiva que se opone a la normalización del régimen es de orden psicológico. La economía normalizada volvería a traer, evidentemente, con la prosperidad, todas las veleidades de libertad humana y de justicia social a los cuales no renuncia un pueblo sino incidentalmente. No teniendo que temer ni el hambre ni la

guerra, este pueblo no soportará ya a unos amos cuya única razón de ser es el estado de sitio permanente. ¿Cómo queréis que un Hitler disuelva sus campos de concentración? No es esta su intención. En el mismo instante en que su último preso político fuese puesto en libertad, se vería él en el trance de irse, y es poco decir.

No puede desear el bienestar del pueblo, y mucho menos la paz del mundo. El hambre es su sustento. La opresión y el terror son su libertad de acción. La amenaza de guerra suspendida sobre Europa, la intervención, armada o no, en los asuntos ajenos y la ideología anticomunista puesta en práctica, son sus únicas probabilidades de duración. Por esta ideología fingida ha logrado todos sus golpes y espera lograr otros, indefinidamente, hasta la extinción de la última de las democracias. ¿Cómo queréis que tome en serio sus propios asertos referentes a litigios territoriales que no existen? Si esto fuese cierto, estaría perdido.

A los ciudadanos libres de las democracias les cuesta trabajo ponerse en el lugar de los seres humanos que conocen la negación pura y simple de toda humanidad. Algunos, sustrayéndose a la abominación, predijeron, en 1933, el inevitable curso de los acontecimientos. La violencia, convertida en razón de Estado en un punto del globo, engendra la violencia en todas partes. Así, hoy continúa su labor de zapa una conspiración mundial contra la misma humanidad. Los sótanos de hornigón, acondicionados para recibir la sangre fresca de las víctimas, no son todavía medios de gobierno más que en los Estados totalitarios. Sin embargo, parece que se descubren en otros sitios, en espera de ser utilizados. Los ciudadanos libres, de espíritu escéptico y humor suave, experimentan otra fatal dificultad: no se dan cuenta de la inmundada perversión de quienes los acechan.

¿En qué se creen diferentes de sus primeras víctimas los hombres bien intencionados que ofrecen una mano leal a quienes no sabrían serlo? Sois de la misma esencia que aquellos a quienes un tirano pervertido arrojó de sus hogares o los encarceló. Ya es hora de penetrar hasta el fondo de esta perversión nueva que ataca la libertad de los hombres, se extiende por contagio, se agita en todas partes en la oscuridad, y a la cual rozáis sin conocerla. No tenemos ya derecho a escuchar pacientemente al dueño y señor de todos esos pervertidos de nuevo modelo: debemos contestar. ¿Se abroga el derecho a reconocer o no a otros regímenes que el suyo? Hemos de hacerle saber que él mismo es tolerado en espera de que llegue la hora de la liberación.

La libertad es indivisible. Los pueblos libres hacen suya la causa de los pueblos oprimidos, sobre todo para no caer ellos mismos en la esclavitud. Es, en efecto, muy improbable que en esta Europa los pueblos libres y los pueblos oprimidos puedan vivir mucho tiempo juntos. Todo tiende a la unificación de este continente, y se unificará ya en la libertad, ya en la opresión. Hay que elegir y proceder de manera que la nueva Europa sea a vuestra semejanza y no a la del otro. Ya no se trata de la mano tendida, ni de conciliar lo incompatible. Cuando venga el otro a lamentarse de la miseria de un país que ha devastado, contestadle tranquilamente que sólo tiene que librar al país de su presencia para que éste respire.

Cuando profiera sus habituales amenazas, no temáis: no es, después de todo, más que un pervertido sin valor, como lo son todos estos enfermos que atacan la libertad humana. Entonces, sin turbaros, contestadle: ¡Vete!

Heinrich MANN
(«La Dépêche de Toulouse», 30-XI-1937.)

Un oficial rebelde compara a los leales con las ratas, y dice: "tenemos que matarlos"

(Nota del Director: El autor de este artículo fué corresponsal con las fuerzas de Franco durante los primeros días de la guerra civil española.)

Londres. — Lo mismo los corresponsales que los oficiales extranjeros oyeron con incredulidad al principio los argumentos desarrollados por los oficiales de Franco y por los jefes de los falangistas. ¿Cuáles son las ideas

que guían a estos hombres que están libertando a España de la «tiranía marxista» y de la «barbarie roja»? Un oficial del Estado Mayor de Franco, que ocupa un puesto de responsabilidad, explicó a este corresponsal la política de exterminio de la siguiente manera: «Tenemos que matar a la tercera parte de la población de España. El

saneamiento, el alcantarillado y otros resultados de los progresos pseudocientíficos fueron introducidos en nuestro país, desgraciadamente en una época en que las clases altas no eran lo bastante fuertes para imponer el verdadero destino de España.

«En otros tiempos, antes de que se conociera el alcantarillado, las ratas habrían fallecido, habrían sido muertas por plagas y epidemias. Pe-

«España no volverá a tener el problema de los sin trabajo una vez que hayamos matado a una tercera parte de la población.»

ro las alcantarillas hacen posible que esas ratas sean portadoras del comunismo. Debemos matarlas a todas. Toda rata que en España votó por la República, debe perecer.»

Un caballero aristocrático que ayuda a Franco en su política financiera y económica, llevó más allá este argumento. Dijo así a este corresponsal:

«España no volverá a tener el problema de los sin trabajo una vez que hayamos matado a una tercera parte de la población.»

El jefe del partido falangista de tres provincias añadió esta ocurrencia personal al tiempo que sacaba del bolsillo una caja de pastillas para la tos, que estaba llena de pequeños trozos de uñas. «Tengo una lista de dirigentes rojos—dijo—, y cuando ganemos la guerra les meteré estos trozos de uñas en los ojos y les preguntaré si ven entonces a España con ojos rojos.»

Después de la toma de Toledo, donde los heridos leales fueron quemados vivos en el hospital y miles de no combatientes y prisioneros «ejectados», otro dirigente falangista se vanagloriaba del número de personas que él había matado a sangre fría. Acariciando su pistola, dijo al corresponsal:

«—Con ésta maté a 122.»

Muchos corresponsales han permanecido varias semanas con el ejército de Franco y han salido sin haber presenciado atrocidades. Ello es porque los corresponsales son conducidos como rebaños por oficiales del ejército a los pueblos, varias horas después de efectuado el trabajo de «limpieza».

Sin embargo, ningún corresponsal que haya sido lo bastante atrevido para ponerse en contacto con los coroneles con mando en el campo de batalla para entrar en los pueblos conquistados con las tropas, ha dejado de presenciar la matanza de prisioneros con ametralladora.

Los miembros de la Guardia civil son agrupados aparte, como pertenecientes a un cuerpo que sirvió a la República simplemente porque sucedió al rey. Son «redimibles». Los demás son puestos en fila. Cuando se toma un pueblo se produce un silencio súbito y horrible al cesar el fuego. Luego, por todo el pueblo medio destruido, comienza la ametralladora a segar vidas de prisioneros. Cuando horas después llegan los periodistas, se les dice que perecieron en el combate.

Los periodistas que evitan ir al frente no ven tampoco, muchas veces, las matanzas que se llevan a efecto en la retaguardia. Sin embargo, esto es difícil si se toman la molestia de examinar los cadáveres de no combatientes que se encuentran todos los días en las carreteras de todo el territorio de la España de Franco, en las primeras horas de la mañana. Después, son retirados de las cunetas y llevados al campo.

Este corresponsal recuerda bien los cadáveres de cinco campesinas que vió en la carretera de Madrid a Talavera, cierta madrugada. Los ojos de una de ellas, abiertos, miraban con terror. Otra tenía un tiro de fusil en una mano, con la cual había querido cubrirse la cara. Mirando a estos cadáveres aún calientes, venía a la mente el recuerdo de otros muchos hallados en la retaguardia de Franco: hombres y mujeres acaosados y asesinados durante la noche y decenas y decenas de rojos, «muertos en acción», a lo largo de los ca-

minos, que tenían las manos atadas a la espalda.

Este corresponsal utilizó Talavera de la Reina como base de retaguardia durante cuatro meses, y tenía un domicilio cerca de la cárcel. Todas las mañanas, aquella parte de la ciudad era despertada por las descargas del pelotón ejecutor, que fusilaba, en el patio de la cárcel, a nuevos «rojos». Lo increíble es que, durante los cuatro meses, jamás disminuyeron las matanzas.

Esta política de exterminio ha sido llevada a tal extremo, que el Gobierno de Franco anunció, hace unas semanas, la vista de la causa contra 90.000 prisioneros gubernamentales, cogidos en la campaña de Santander, y permitió a los periodistas que publicasen una reseña en sus diarios. Si sólo unos cuantos de estos hombres fueron muertos, ¿cómo tiene Franco a los 89.000 «prisioneros» restantes? ¿Dónde está ese campo de concentración?

¿Y por qué no se dió publicidad a otro incidente ocurrido en Santander, que fué revelado por los indignados aliados italianos de Franco? Los italianos habían prometido facilitar salvoconductos a un crecido número de leales, y ya se hallaban éstos en dos buques ingleses, cuando Franco dió la orden de que debían quedar detenidos. Los italianos protestaron, pero acataron la orden.

Esto da una idea de la situación en el campo rebelde. Sin conocerla es fácil imaginar que pueda llegarse a un armisticio para la retirada de las tropas extranjeras, durante el cual, los elementos sanos de España en ambos campos se harán firmes, y de esta manera ahorrarán a su país más derramamiento de sangre.

Teniendo en cuenta la propaganda que viene de ambos campos, el cuadro no es tan alentador. ¿Pueden los leales hacer la paz con un enemigo inclinado al exterminio? ¿Puede Franco mantenerse sin un ejército extranjero de ocupación? En el momento presente ninguna de estas preguntas puede ser contestada afirmativamente.

JOHN T. WHITAKER
(«The Chicago Daily News», 22-X-37.)

CÓMO ALEMANIA SE COBRA DE LOS REBELDES

Hendaya. — Personas llegadas del campo faccioso aseguran que hace unos días, un barco alemán cargó en Bilbao barricas, observándose que una de ellas contenía monedas de plata.

Esta misma observación se ha hecho entre algunas cajas que se embarcaban como mercancías en una estación de ferrocarril.

Coinciden estas noticias con las recogidas últimamente sobre las codicias despertada por la plata entre alemanes e italianos. En efecto, a punto de agotarse las requisas de los diversos productos con los que compensaban las entregas de material, es ahora la plata buscada en todas partes y por todos los procedimientos, la que se envía a Alemania e Italia, no tan sigilosamente que no haya sido advertido, multiplicándose las ocultaciones.

(«Solidaridad Obrera», Barcelona, 3-XII-37.)

EL COMLOT DE LA "GESTAPO"

Los "cagoullards" estaban en relación directa con los agentes de los servicios secretos hitlerianos

En París se encuentran 18 cajas de granadas italianas en el bois de Boulogne

Hemos dicho que todas nuestras afirmaciones y toda nuestra campaña serán confirmadas, punto por punto.

Desde hace varias semanas, «L'Humanité» ha sido el único periódico que ha demostrado que el complot tramado en Francia por las ligas facciosas era en realidad un complot y dirigido efectivamente por los servicios secretos de Hitler.

Ofrecimos la prueba de ello con nuestras revelaciones acerca del barón de Potters, cagoullard y agente de la «Gestapo».

Nuestra campaña produjo tal efecto, que Potters se fugó.

Ayer, nuestro colega «Ce soir» publicó, a su vez, revelaciones tan preciosas como sensacionales.

En Toulouse, donde la asociación paramilitar secreta habíase llevado al límite, se sabe ahora que el dirigente regional era Stephan Ostweg, agente hitleriano, según lo prueban los documentos cifrados—procedentes de Zurich, de Viena y de Berlín—que cayeron en poder de la policía.

Según esos mismos documentos, Ostweg tenía bajo sus órdenes a múltiples subjes: en Perpignan, a uno llamado Krarefmann; en Tarbes, a Steinert; y en Foix, a Helbfing.

Esos hombres, AGENTES DE LA GESTAPO, dirigían la asociación secreta en todo el sudoeste de Francia.

En cada uno de sus distritos habían organizado tropas de asalto, de

100 a 125 hombres cada pelotón, que disponían de stocks de armas y municiones.

«L'Œuvre» de ayer escribió: Esta organización estaba calculada en las formaciones hitlerianas de combate.

Que es lo que hemos dicho y repetido desde hace tiempo.

Por otra parte, un hecho nuevo viene a confirmar nuestras revelaciones.

La policía ha podido descubrir la fórmula del juramento que debía prestar a sus jefes cada uno de los conjurados. Es esta:

«Juro fidelidad, discreción y obediencia a la organización. Toda contravención a la regla acarreará mi muerte.»

¿No es ésta una copia casi exacta del juramento de la Santa-Vehme, que cometió en Alemania tantos asesinatos y atentados?

Por lo demás, este juramento no se prestaba en vano. Dos de los traficantes de armas — Juif y Jean Baptiste — pagaron con su vida las indiscreciones que cometieron.

¡La prueba, pues, es clara!

Después del descubrimiento de armas italianas y alemanas, después del descubrimiento de los agentes hitlerianos, ninguna duda cabe respecto a la relación absoluta de los jefes fascistas franceses con la «Gestapo».

Ya no es sólo un crimen contra

las leyes republicanas, el que perpetraron los conjurados. Es un verdadero crimen contra Francia, un delito de alta traición. Mientras mayor es la culpa y más altos están colocados los culpables, ¡MAS ENERGICAMENTE HAY QUE CASTIGAR!

Hasta aquí se ha procedido con demasiada mansedumbre. Hoy no es admisible ninguna vacilación. Todos los culpables deben ser severamente castigados.

L. SAMPaix

(«L'Humanité», 1-XII-37.)

En el campo enemigo

(Continuación)

intentará condicionar, limitar, o señalar plazo a los poderes de nuestro caudillo Franco; quienes tal digan son colaboradores de los rojos y enemigos de la Patria. Si algún día volviese a haber monarquía en España, ésta sería, como dijo Franco, completamente distinta de la que cayó el 14 de abril.»

En tales condiciones y con tal ambiente, se reúne el Gran Consejo Nacional de Falange. ¿Qué saldrá de esa junta de rabadanes? Pronto lo sabremos, si no por las palabras, por los actos. Y por los crímenes.

Lloyd George condena, una vez más, la política totalitaria y la debilidad de las democracias

«Si Franco llegase a ganar, habría cuatro grandes potencias dictatoriales: Italia, Alemania, el Japón y España»

Londres, 2. — En la reunión que ha celebrado esta tarde el «Consejo de Acción para la Paz y la Reconstrucción», Lloyd George ha pronunciado un vehemente discurso contra la política imperialista de las Potencias totalitarias y la actitud de pusilanimidad de las naciones democráticas.

La situación — dijo Lloyd George — se ha agravado seriamente desde el advenimiento al Poder del actual Gobierno. Nunca he conocido una situación tan grave como ésta, desde que se terminó la guerra europea.

El orador se mostró partidario de una aproximación con Alemania, dándole satisfacción, en cierta manera, a sus reivindicaciones coloniales, pero con la condición de que esta aproximación sea a base de una reconciliación general.

Refiriéndose a la unión de las tres potencias autocráticas, más fuertes que nunca, dijo, dirigiéndose a las democracias débiles:

«Este es un nuevo factor, temible. Si queréis hacer la paz con ellos, estudiad cuidadosamente cuáles serán las condiciones de esa paz. ¿Seguiremos este camino, que lleva a la rendición, o estáis dispuestos a defender la libertad del mundo? Si Franco llegase a ganar, entonces habría cuatro grandes potencias dictatoriales: Italia, Alemania, el Japón y España. Ayer, otro dictador hizo causa común con ellos: el primer ministro de Yugoslavia.»

Denunció a continuación la actitud en que la política gubernamental había puesto a la Gran Bretaña, actitud — añadió — «que sería desastrosa si tuviéramos que combatir nuevamente por el Derecho internacional en Europa, como en 1914».

Lloyd George terminó haciendo un llamamiento a los pueblos y a las naciones democráticas del mundo para que se pongan en pie y protejan la libertad «contra el puñal de los asesinos».

El discurso de Lloyd George fue aplaudido con entusiasmo por la enorme concurrencia.—Fabra.

EL FASCISMO MATA DE HAMBRE

Un bonzo "nazi" invita al pueblo alemán a tomar aceite de ballena en lugar de mantequilla

Berlín, 28.—Las medidas de policía veterinaria han sido impotentes para evitar la propagación de una epidemia de fiebre aftosa en el oeste de Alemania, ha declarado el señor Darre, ministro de la Alimentación, en una «interview» publicada por el «Voelkischer Beobachter».

El ministro estima que, en la actualidad, el número de atacados por esa enfermedad es de 4.000.

Recomienda que se supla con aceite de ballena la falta de mantequilla y de productos grasos que sufre Alemania. («Le Peuple», 29-XI-37.)

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

libertad durante la instrucción de la causa, después de un período de detención que llegaba hasta cuatro años, ni los ciudadanos sometidos al régimen de vigilancia especial, ni los deportados, ni aquellos procesados que, por delito de opinión, comparecieron ante los Tribunales ordinarios y fueron condenados, ni los millares, las decenas de millares de indígenas que fueron encarcelados y ejecutados en las colonias.

Sin duda ninguna, Charles Maurras pensó en esta reconfortante estadística cuando, en su bello prefacio al libro de P. Héricourt, «Por qué vencerá Franco», proclamó categóricamente que

...el fascismo es un nacionalsocialismo que tiene consecuencia lógica de sus causas históricas y de sus consecuencias sociales. Va al fin de sus principios. Para mantener el orden público y el ser nacional reconstruye la autoridad. Para dignidad de sus ciudadanos y para su recreo ...restablece las libertades.

Lo que el Tribunal especial ha reportado al fascismo

Merced al Tribunal excepcional y a las medidas especiales que establecieron y enriquecieron su competencia, pudo el fascismo, hace 10 años, afianzar su situación, la cual estuvo seriamente comprometida con motivo del asesinato de Matteotti, y consolidar la dictadura.

El lema que había de señalar la orientación decisiva de la política seguida por el Gobierno que se instaló de una manera subrepticia en la península a consecuencia de la marcha sobre Roma, fué tomado de la Revolución de Octubre de 1917: «Todo el poder para el fascismo», es decir: primero, «todo el Estado en el fascismo» y, enseguida, «todo para el Estado, nada fuera del Estado».

Bajo esta divisa fué sellada la unión entre la facción devastadora del ejercicio formal del poder político y el capitalismo oligárquico y monopolizador.

Y sobre la base de los compromisos que esa reunión

hacía inmediatamente ejecutivos fué, por una parte, concebido y aplicado el plan de la revalorización y la estabilización de la lira en beneficio de las clases privilegiadas y a expensas de las masas proletarias, y, por otra, fueron elegidos los objetivos y estudiadas las formas de persecución de la cruzada imperialista que había de culminar en la preparación metódica de la guerra y en la expansión colonial.

No hay duda de que, para la realización de este programa, la adopción de las leyes especiales constituyó una condición necesaria, así como la quiebra del Aventino como fórmula política y formación de combate, fué la premisa indispensable. Sin embargo, tanto aquella condición como esta premisa hubieran sido, por sí solas, insuficientes para asegurar los resultados conseguidos.

Si se lograron las operaciones que acabo de recordar fué porque otras fuerzas, obedeciendo a una inexorable dialéctica de conservación, se coaligaron con el fascismo y con la plutocracia para dar mate al proletariado.

La aportación de la monarquía y de la iglesia católica a la «duración fascista».

a) Monarquía y fascismo

Las fuerzas sobre las cuales se apoyan al propio tiempo que sobre sus jueces, sus policías, sus carceleros y sus verdugos, la efímera fortuna de la dictadura de Mussolini, son la monarquía y la Iglesia.

En el albor de la aventura que había de producir el hundimiento repentino del andamiaje, en verdad frágil, sobre el cual había sido precipitadamente construida la organización democrática del Estado, la monarquía, a pesar de todo, desempeñaba aun en Italia un papel de primera importancia al lado de las clases directoras y de las grandes capas de la pequeña burguesía que gravitaban como satélites en torno a las jerarquías que encarnaban el orden establecido. Por tanto, su traición — aún entrando a fondo en la lógica de las cosas — tuvo consecuencias incalculables.

En 1922 y en 1924, la confianza en la monarquía y la creencia indolente de que nada podría afectar a la fuerza de las garantías que aseguraba su augusta tutela paralizaron, en sus orígenes, las reacciones populares más instintivas, más espontáneas, y embrollaron, en los momentos decisivos, las directivas tácticas que habrían debido encuadrar, para aumentar su eficacia, la actividad de los grupos de oposición.

Y no es que el sentimiento monárquico tuviese en Italia raíces profundas!

Los lazos que unían a los italianos con su rey fueron siempre convencionales y, por tanto, muy superficiales. Pero como la corona se había erigido en guardiana de la inviolabilidad de la Constitución, hubiérase sido lícito, durante algún tiempo, salvar en beneficio suyo todos los prejuicios favorables de que gozaba, a consecuencia de una larga práctica de sumisión ciega al mito engañador de la legalidad formal, toda institución de origen estatutario.

Así ocurrió que en los meses de noviembre de 1924 y junio de 1924, cuando las circunstancias eran favorables para acabar de una vez para siempre con toda amenaza de dictadura, el país legal aún siendo, en su inmensa mayoría, hostil al fascismo, vaciló en emprender una lucha a fondo, sin piedad, por la ingenua convicción de que el rey no dejaría, en su nombre, de tomar la iniciativa de la defensa del orden democrático.

Un simple rasgo de resistencia de la monarquía, en aquella ocasión, habría bastado para poner en jaque a las fuerzas con que contaban los fascios. Aunque el rey se hubiese limitado a atrincherarse detrás de la Constitución, el pueblo italiano — que, desorientado por su culpa, no esperaba más que una señal — no habría dudado en rodearlo y en batirse con él.

Pero la partida implicaba algunos riesgos y no quiso correrla.

La misma mano que se había negado a firmar las medidas de defensa del Estado contra el asalto de los «camisas negras», no rehusó en borrar de la legislación nacional, una a una, sin excepción, todas las libertades populares.

Por la sanción de este mismo rey, que con la proclamación leída el día de su coronación, y cuyo eco resonaba aun, retaba

...a toda fuerza humana a que se atreviera a atacar contra la integridad del patrimonio constitucional confiado a su salvaguardia.

...los ciudadanos fueron despojados, poco a poco, de todos sus derechos fundamentales. Por la intervención y el consentimiento de este mismo rey, todavía ayer «guardián y símbolo, según sus propias palabras» de la libertad y de la unidad, herencia intangible del «Risorgimento» e inmutables razones de ser de la Constitución,

...los italianos fueron divididos en «nacionales» y «antinacionales», el Estado fué entregado como presa a una facción y el arbitrio de los gobernantes substituyó al imperio impersonal de la ley. Habiendo consentido en transformarse de la noche a la mañana en instrumento dócil de la dictadura, el monarca no pudo

(Continuación)